

La práctica de los cuatro últimos siglos había sancionado la opinión establecida desde el tiempo de las Cruzadas, de que era no sólo lícito, sino meritorio hacer la guerra á infieles y despojarlos de sus posesiones para propagar la fe de Jesucristo. Ni duda se puso, por lo tanto, en el derecho que asistía á los reyes Católicos para conquistar y retener bajo su dominio las nuevas tierras; mas para evitar todo motivo de cuestión con otros soberanos, trataron de acudir á la Santa Sede, á fin de que les concediese la propiedad de todas las tierras descubiertas y por descubrir. Andaba entonces muy válida la opinión de la facultad de los Papas para disponer de las posesiones de infieles, de tal suerte que lo mismo que hoy provoca una sonrisa era tenido en aquellos tiempos por verdad incuestionable. Ejemplo reciente de ello se tenía en las concesiones que el papa Martino V y sus sucesores habían hecho á los soberanos portugueses de todo cuanto descubriesen desde el cabo Bojador hasta la India. Ocupaba entonces la silla de San Pedro, Alejandro VI, nacido en los dominios del rey D. Fernando y favorecido por él; había celebrado con grandes demostraciones de júbilo la noticia del descubrimiento, y no tuvo dificultad en conceder cuanto se le pedía. Así, pues, en 3 de Mayo expidió

una bula de donación perpetua del Nuevo Mundo á favor de la corona de Castilla con obligación de plantar y propagar allí la fe católica. A fin de prevenir toda desavenencia con Portugal se mandó señalar una línea imaginaria de polo á polo á cien leguas de las posesiones portuguesas más occidentales, en las islas Azores ó de Cabo Verde: cuanto quedase al Occidente de esta línea era lo que comprendía la donación á los reyes católicos: el Oriente quedaba al Portugal. Hubo, sin embargo, reclamaciones acerca de este punto; y después de una negociación, en que no siempre fueron muy decentes los medios que se emplearon, vino á firmarse en 7 de Junio de 1494, el famoso tratado para la división del Océano entre ambas potencias; quedó en él convenido que la línea divisoria se alejaría á 370 leguas al Oeste de las islas de Cabo Verde, y de resultas adquirió Portugal el imperio del Brasil. Parece que al hacer esta división arbitraria nadie tuvo presente que continuando las dos naciones sus conquistas en dirección opuesta, al fin llegarían á encontrarse, como sucedió después. Por ahí se advierte cuán poco había contribuido la reciente expedición del almirante á fijar las verdaderas nociones de la forma esférica de la tierra y de la posibilidad de rodearla; y cómo esta idea que fué

la base del descubrimiento, aun no se arraigaba entre los sabios, á pesar de la brillante prueba práctica que acababa de ponerles en las manos el mismo á quien ellos calificaron de loco. El propio día 3 de Mayo de 1493 expidió el Papa otra bula extendiendo á los reyes católicos y vasallos de Castilla, todos los privilegios y gracias concedidas por sus antecesores á los de Portugal en sus expediciones al Africa. No sólo alababa el Papa el celo de los reyes, sino que les exhortaba y aun mandaba que no retardasen tan santa expedición.

Pero poco necesarias eran estas exhortaciones para que siguiesen beneficiando la rica veta descubierta por la industria del almirante. Aun no llegaba Colón á Barcelona, cuando ya se habían despachado las órdenes convenientes á las autoridades de Andalucía para que diesen toda ayuda en el apresto de la armada. Para completar los gastos de ella se echó mano de los bienes secuestrados á los judíos expulsos el año anterior, y no bastando, hubo que acudir á un préstamo. La inmediata dirección de estos aprestos, así como de cuantas armadas saliesen en lo sucesivo para las Indias, se confió al arcediano D. Juan Rodríguez de Fonseca, quien debía entender asimismo en todos los negocios que acerca de la navegación

y comercio del Nuevo Mundo pudiesen ofrecerse en Sevilla ó Cádiz. Nombrósele por tesorero á Francisco de Pinelo, y por contador á Juan de Soria. Esta oficina debía residir en Sevilla, y ella fué el origen de la famosa *Casa de la contratación de las Indias*.

Como la base de la concesión papal era la propagación de la fe, nombraron los reyes para director de tan importante obra á Fr. Bernardo Boil, catalán, monje benedictino del monasterio de Monserrate, persona de mucha reputación en la corte. Para darle mayor autoridad, el Papa le nombró su vicario apostólico: acompañáronle otros varios religiosos, y la piadosa reina D^a Isabel proveyó liberalmente á todos de ornamentos, vasos sagrados, y cuanto pudieran necesitar para el culto divino. A fines de Mayo estaban ya tomadas estas providencias, y entonces se despachó á Colón premiado, honrado y complacido á medida de su deseo. El convenio condicional de Santa Fe, se ratificó ahora confirmándole sus títulos y privilegios, y señalándole los límites de su jurisdicción conforme á la bula de Alejandro V. Se le permitió asimismo que cuartelase su propio escudo con las armas de Castilla, añadiendo la famosa letra: A CASTILLA Y A LEÓN NUEVO MUNDO DIÓ COLÓN. Además de

la pensión prometida al que primero viese tierra, le fueron dadas por una vez mil doblas de oro. Diósele también sello real, y facultad para sellar con él las provisiones que despachase á nombre de los soberanos. Por el tiempo que fuese la real voluntad se le permitió que hiciese por sí mismo y sin consulta los nombramientos de los oficios necesarios en las poblaciones que fundase; y por último, en cuantas disposiciones se dieron para el apresto de la armada, personas que debían ir en ella, orden del viaje, descubrimientos y demás, se puso especial cuidado en complacer á Colón y en manifestarle el mayor aprecio y confianza. Esta fué sin duda la época más feliz de la vida del almirante: logrado su deseo, honrado por los monarcas, aplaudido por el mundo entero, lleno de honras y provisto de poderes casi ilimitados para proseguir su empeño, debió creerse compensado de sus pasadas aflicciones, y en el verdadero camino de la gloria y la prosperidad. Pero si el asombro causado por su inmortal hazaña bastó al principio para sofocar la envidia, era seguro que después le acometería con duplicado furor. Ya asomaba en el horizonte la nube precursora de la tormenta. El arcediano Fonseca, y el contador Juan de Soria no apoyaban las diligencias de Colón para el

apresto de la armada con el empeño debido, y se quejaban de los grandes gastos que era necesario hacer para dar cumplimiento á las demandas del almirante. Su tibieza les valió severas reprensiones de la corte; considerando, pues, á Colón como causa de ellas, tomóle el arcediano la ojeriza con que le vió siempre; y cuando después alcanzó los más altos puestos del estado y quedó hecho árbitro de los negocios de Indias, logró hacerle sentir los efectos de su odio. No fué el primer descubridor de la América el único que hubo de lamentar agravios é injusticias de Fonseca: en su larga administración de más de treinta años, sobraron ejemplos de su ruín espíritu y sus bastardas pasiones, que á menudo estorbaron empresas tan gloriosas como útiles para su país.

Todas estas dificultades y el deseo de que no faltase cosa alguna fueron causa de que hasta mediados de Septiembre no estuviese lista la armada. Componíase de tres buques de alto porte, llamados entonces *naos de gavia*, y de catorce carabelas, en todo, diez y siete embarcaciones. Iban en ella hasta mil doscientas personas con paga del erario y unos trescientos aventureros sin sueldo que corrían á buscar fortuna al Nuevo Mundo. Los caballos apenas pasaban de veinte acompañados de otros animales domésticos

para la cría. Lleváronse también semillas de todas clases de plantas, medicinas para los enfermos, mercaderías destinadas al rescate ó cambio con los indios, una gran cantidad de municiones de boca y guerra: en fin, abundancia de cuanto se creyó necesario para proveer la colonia de la Navidad, para continuar la conquista y para extender los descubrimientos, que eran los objetos que llevaba la expedición.

Dió ésta á la vela desde la bahía de Cádiz el miércoles 25 de Septiembre antes de amanecer. Hizo rumbo Colón á las Canarias según costumbre, y llegó á ellas á los ocho días. Allí tomó agua, leña, algunos refrescos, y varios animales para cría, y siguió su navegación con tiempo sereno y viento favorable hasta el 3 de Noviembre, día en que dieron vista á la tierra. Como habían hecho rumbo al Oeste con bastante inclinación al Sur, se encontraron entre las islas llamadas hoy Antillas menores, y á la primera que vieron llamó Colón Dominica, por ser domingo aquel día. Dió á la segunda el nombre de Marigalante, que era el de la nao capitana, y á la tercera el de Guadalupe, donde desembarcó el día 4 y permaneció hasta el 10. Desde este día al 14 siguió descubriendo y poniendo nombre á nuevas islas. Ancló en la llamada Santa

Cruz, donde uno de sus esquifes tuvo un pesado encuentro con una canoa de naturales; porque los de aquellas islas conocidos por la denominación de Caribes, solían alimentarse de carne humana, y lejos de ser de la blanda condición observada en los lucayos y haitianos, eran el azote de éstos y hasta en su fisonomía demostraban su ferocidad. Con un buque ligero hizo reconocer el almirante un grupo de innumerables islas que divisó al Norte: á la mayor nombró Santa Ursula, y al resto las Once mil Vírgenes. Continuando su derrota arribó á la isla de Boriquén, hoy Puerto Rico: no quiso detenerse en ella porque todo su afán era llegar á la Española. El 22 dió vista á su extremidad oriental, y al terminar el día 27 estaba frente á la colonia de la Navidad. Hizo disparar algunos cañonazos á que no respondió la fortaleza, creciendo con este silencio los recelos que ya tenía de la suerte de los pobladores. Hacia la media noche llegaron en una canoa unos mensajeros de Guacanagarí: de ellos se supo confusamente que la colonia no existía, y que algunos españoles habían muerto. Creyóse desde luego que todos habían perecido, sospecha que se confirmó al día siguiente viendo quemada la torre, esparcidos y destrozados los muebles y efectos,

con falta de muchos, y hasta once cadáveres que se hallaron en diversos sitios. Los naturales de la comarca habían desaparecido, y apenas se descubría uno ú otro como en acecho. Al fin se consiguió que varios se acercasen, y diesen algunos informes del desastre de la colonia. Parece que los nuevos pobladores apenas perdieron de vista la nave del almirante, echaron en olvido sus instrucciones y se entregaron á los mayores excesos, en especial contra las mujeres indígenas. Siguiéron luego las disputas sobre el mando, la desunión, y el abandonar muchos la fortaleza para irse á vivir en habitaciones aisladas. En tal estado vino sobre ellos Caonabó, poderoso cacique del interior, con crecido número de gente, y quemó la torre y demás edificios, sin dejar con vida á un solo español. De ningún provecho fué el auxilio que prestó el cacique amigo Guacanagarí, porque fué también vencido por Caonabó, dejándole herido en una pierna. Esto contaban los indios; mas sea por falta de inteligencia de la lengua, ó por otra causa, quedó siempre este suceso envuelto en cierto misterio, y los españoles llegaron á concebir grandes sospechas de la fidelidad de Guacanagarí. Lo indudable era que la colonia había perecido. Es curioso seguir los pasos á este

primer establecimiento del Nuevo Mundo, que sin más población que treinta y nueve hombres, ni mayor duración que ocho ó nueve meses, pasó por todas las vicisitudes de un poderoso imperio. Fúndala un grande hombre: sigue pronto el olvido de sus leyes, y por ello la corrupción de costumbres: vienen luego las disensiones intestinas: sobreviene por último una invasión de bárbaros que ya no hay fuerza para repeler, y que destruye todo á sangre y fuego: hé aquí la suerte de la colonia de la Navidad, y á tanto espacio pudiera reducirse la historia de la antigua Roma.

Disgustado Colón de aquel sitio, pensó buscar otro más propio para fundar. Recorrió á este fin la costa septentrional de la isla, y vino á fijarse en un lugar que reunía todas las cualidades apetecibles. Allí fondeó la flota, y la gente comenzó á desembarcar á fines de Diciembre. Diéronse todos tanta prisa en los trabajos, que para el 6 de Enero de 1494 ya hubo capilla en que celebrar misa solemne. En honor de la reina católica se dió á la nueva ciudad el nombre de Isabela. No sólo se ocuparon los españoles en la construcción de edificios públicos y particulares, sino que también atendían á la siembra de las plantas europeas y cría de los ganados. En todo ayudaban

los indios de buena voluntad, mostrándose muy contentos de recibir cualquiera fruslería en pago de sus servicios. Mas los cuidados del almirante no se limitaban al establecimiento de la colonia; antes procuraba tener noticias del interior del país y de sus riquezas. A este fin hizo salir á dos capitanes suyos, Ojeda y Gorbálán, quienes trajeron las más felices nuevas de las minas de Cibao, situadas á pocos días de camino y de cuya riqueza se tenía desde el primer viaje las más portentosas noticias. Tomó entonces Colón la determinación de ir en persona á reconocer las minas y fundar en ellas otro establecimiento de españoles; pero antes quiso enviar á España doce buques con objeto de dar cuenta del estado de la colonia y pedir nuevos socorros para ella. Embarcó también en la flota los prisioneros de ambos sexos tomados en las islas Caribes, y propuso al gobierno que en castigo de las bárbaras costumbres de estos indios sería conveniente hacerles esclavos y venderlos á beneficio de la colonia. Dos ventajas esperaba lograr por este camino: granjear el afecto de los indios pacíficos libertándolos de tan crueles enemigos, y proporcionar recursos para el erario. Pesaba mucho sobre el ánimo del almirante la necesidad de causar crecidísimos gastos en la

compra y transporte de víveres, ropas, semillas, animales domésticos y todo lo necesario para las nuevas poblaciones, mientras que el país llegaba á producirlo; y deseoso de vencer el mayor obstáculo que se oponía al vuelo de su empresa, despreció en mala hora las leyes eternas de la justicia, proponiendo sacrificarlas á la conveniencia. Los soberanos españoles no aceptaron por fortuna su consejo y mandaron que se procurase la conversión de los caribes en los mismos términos que la de los demás indígenas.

Partida la flota se preparó Colón á emprender su expedición á Cibao. Retardóla algún tiempo, tanto por haberse enfermado como por una sublevación fraguada durante su enfermedad. Trataban los descontentos, capitaneados por el contador Díaz de Pisa, de alzarse con los cinco navíos que quedaban, y marcharse en ellos á España. Descubierta la trama castigó Colón á los culpables, y por fin el 12 de Marzo salió á su deseada expedición llevando consigo unos cuatrocientos hombres, los caballos y algunos indios, todo á punto de guerra. Vencido el mal paso de la subida de la sierra, descubrió desde su cumbre, cual otra tierra de promisión, la famosa llanura nombrada por excelencia «la Vega.» Su hermosura y fer-

tilidad excedían á toda ponderación: dilatábase más de lo que la vista podía alcanzar, sin cerro ni aspereza que la afease. Dos días gastaron los españoles en atravesarla por aquella parte, pasados los cuales entraron en las sierras de Cibao. De paz les recibieron los indios y su cacique, regalándoles comestibles, oro en polvo y en granos de diversos tamaños. Por todas partes veían los españoles oro, y no oían hablar más que del codiciado metal. Suponíase que le acarrearaban todos los ríos, los que en su curso le arrancaban de las entrañas de la tierra. Bastaba lo visto sin necesidad de las maravillosas nuevas que los naturales daban del interior de la provincia, para despertar la codicia de los españoles y que determinasen fundar allí. Ordenó, pues, Colón que se construyese una casa fuerte de madera y barro, sobre un cerro á orillas de un río. Dió á la fortaleza el nombre de Santo Tomás, y el mando de ella á Mosén Pedro Margarit, caballero catalán, con cincuenta y seis hombres y algunos caballos. Y bien era menester aquella fuerza, porque el cacique de la provincia era el famoso Caonabó, indio de origen caribe, muy temido por su ferocidad y valor, de que tan tristes pruebas tuvieron los desdichados colonos de la Navidad. El 29 de Marzo estaba Colón de vuel

ta en la Isabela, donde ya comenzaba á sentirse escasez de víveres. Todos los pobladores, sin distinción alguna, fueron puestos á ración: de ahí las quejas y murmuraciones de los principales que se creían con derecho, á excepción señaladamente del P. Boil y los suyos. Mas no paró aquí el almirante, sino que obligó á todos, nobles y plebeyos, á trabajar en las obras públicas indispensables para una población; medida rigurosa, justificada por la necesidad, porque los brazos andaban escasísimos á causa de la porfiada tenacidad de las fiebres, que tenían postrados á muchos hombres útiles, y eran consecuencia precisa del clima y la despoblación. Con todas estas cosas llegó á su colmo el odio de los españoles contra un extranjero intruso, que por alcanzar su propio provecho no se detenía en ajar la nobleza castellana. Quiso por tal causa el almirante procurar el sosiego de la colonia sacando de ella á los más inquietos, que como en general sucede eran los menos útiles, y envió al célebre capitán Alonso de Ojeda con una partida para que llegase al fuerte de Santo Tomás, cuyo mando debía tomar, á fin de que Margarit siguiese con la tropa á recorrer la provincia de Cibao. Después de haber tomado esta y otras medidas para asegurar la tranquilidad de la

isla, determinó ir en persona á recorrer la costa meridional de Cuba desde el punto en que se había separado de ella en su primer viaje. Para el gobierno de la colonia durante su ausencia nombró una junta presidida por su hermano D. Diego; y dejando en el puerto los dos buques mayores partió con tres pequeñas carabelas el 24 de Abril de 1494.

No seguiremos paso á paso esta penosa expedición, cuyos resultados estuvieron muy lejos de corresponder á las esperanzas del almirante. Creía éste, como vimos, que la isla de Cuba era el extremo del Asia, y por lo mismo aguardaba que siguiendo su costa llegaría á las magníficas regiones descritas por Marco Polo. El 29 de Abril estaban en el cabo ó extremo oriental de Cuba, llamado en el viaje anterior *Alpha* y *Omega*, hoy cabo Maysi. Siguió la costa algún tiempo; mas como los naturales siempre que se les preguntaba por oro señalaban hacia el Sur, puso la proa á aquel rumbo y descubrió la Jamaica. Poco permaneció en ella por no encontrar señales de tal oro; volvió, pues, á Cuba y á su intento de buscar el Gran Khan. Para ello continuó su primer camino hasta enredarse entre un laberinto de cayos é isletas, á cuyos peligros naturales se agregó el de una vio-

lenta tempestad. Salió de ella como pudo, y tanto vino á avanzar que llegó á ponerse al N. O. de la isla de Pinos, entre ella y la de Cuba. Allí observó que la costa corría hacia el S., y como los naturales indicaban que no tenía término, se afirmó en su creencia de que había descubierto la tierra firme. No contento con creerlo, se empeñó en que los demás lo confesasen, á cuyo efecto dispuso que el escribano de la armada pasase con testigos "á cada una de las dichas tres carabelas, é requiriese al Maestre é compañía, é toda otra gente que en ellas son públicamente, que dijese si tenían dubda alguna que esta tierra no fuese la tierra firme al comienzo de las Indias y fin á quien en estas partes quisiere venir de España por tierra: é que si alguna dubda ó sabiduría dello toviesen que les rogaba que lo dijese, porque luego les quitaría la dubda, y les faría ver que esto es cierto, y qué la tierra firme." Todos los pilotos y marineros, entre los que iba el célebre Juan de la Cosa, afirmaron unánimes, no sólo que era tierra firme, sino también «que antes de muchas leguas navegando por la dicha costa se fallaría tierra adonde trata gente política de saber, y que saben el mundo.» Tan singular instrumento, cuya fecha es de 12 de Junio de 1494, se ha conservado

hasta nuestros tiempos (Navarrete, t. II. p. 143): pero como observa muy bien Muñoz, "un grumete puesto en lo alto del mastele-ro pudo divisar la punta de Piedras y el mar ancho, y con sólo proseguir un día al Poniente se reconociera el término de la soñada tierra firme." Colón se creía ya en el mar de la China, y figurándose que sólo le faltaban treinta grados para llegar á mares y tierras conocidas de los antiguos, pensaba volver á España por el Poniente, corriendo toda la redondez del orbe. Pero el estado de sus buques no correspondía á su entusiasmo, y hubo de volver atrás. Mantúvose por algún tiempo cerca de la costa de Cuba: de allí pasó otra vez á Jamaica, cuya isla rodeó por el Sur, y en seguida se acercó á la española por su extremo occidental. Al proseguir su vuelta por el Mediodía, una tempestad le obligó á buscar refugio en la isleta Saona. Desde allí bien quisiera proseguir el reconocimiento de las islas Caribes, pero sus fuerzas no llegaban á los intentos de su alto espíritu. Durante aquel penoso viaje de cinco meses, la salvación de sus buques sólo dependía de su incesante vigilancia; y cuando el marinero rendido de fatiga se entregaba al sueño arrullado por la tempestad, el almirante velaba en la popa de su navío, empapado

por la lluvia y los golpes de la mar. Mientras creyó encontrar las Indias, el entusiasmo de su espíritu suplía por el vigor corporal: mientras luchaba contra las tormentas, el peligro general no le dejaba pensar en sí propio. Mas luego que entró en un mar tranquilo, faltó aquella animación facticia, y rendido al peso de fatigas, vigiliass y mal comer, cayó en un profundo letargo, perdido totalmente el uso de los sentidos. Asustada su gente creyendo próximo su fallecimiento, se apresura á volver á la Isabela á donde llega el 29 de Septiembre.

Con el descanso empezó á convalecer el almirante, y no contribuyó poco á su alivio el inesperado placer de encontrar en la colonia á su hermano Bartolomé, fiel amigo, y sujeto de toda confianza. Había llegado hecho capitán de tres carabelas cargadas de socorros para la nueva población, y era portador de una benévola carta de los reyes para el almirante, aprobando todo lo hecho y ofreciendo nuevos auxilios que no tardaron en llegar. Vinieron en otras cuatro carabelas, con cartas posteriores de los soberanos, llenas de mercedes para Colón, de gracias para los que se lo habían mostrado obedientes, y de reprensiones para los discolos é insubordinados. Encomendaban también mucho al P. Boil que permaneciese

en la isla procurando la conversión de los indios, mas el buen padre se había marchado ya en los navíos que trajo D. Bartolomé. Abandonó sin licencia el país y la parte que tenía en el gobierno; no siendo esto lo peor, sino que con su fuga autorizó la de otros, señaladamente la de su paisano Margarit. Luego que éste se halló al frente de las tropas que Colón le entregó, como ya vimos, se declaró independiente de la junta de la Isabela, y en vez de ajustarse á las instrucciones recibidas, permitió que sus tropas cometiesen los mayores excesos. Llegaron á ser tan intolerables, que dieron el principal motivo para un levantamiento de los indígenas, hasta entonces tan pacíficos y amigos de los españoles. Perecieron muchos de éstos en las primeras hostilidades aisladas, y formada luego una confederación entre los caciques principales de la isla, excepto Guacanagarí, peligraban ya las nuevas fundaciones.

En tal estado halló Colón las cosas al restablecerse de su larga enfermedad. Hacíasele increíble que tan presto hubiesen perdido los indios el respeto á los españoles; pero desengañado al fin de la realidad, salió á campaña y logró fácilmente escarmentar á los caciques más inmediatos. Libre así del mayor peligro, volvió á la Isabela á fines

de 1495, para despachar á España cuatro naves cargadas de indios con objeto de que fuesen vendidos en Sevilla por esclavos, acompañó algunas muestras de las riquezas naturales del país, y envió también á su hermano Diego, sin duda para que desvaneciese en la corte los siniestros informes que temía con justicia hubiesen dado Margarit, el P. Boil, y otros de su bando. Despachados los buques volvió á su tarea de la pacificación de la isla, saliendo á una campaña contra el temible Caonabó. Doscientos hombres de á pie, veinte de á caballo, otros veinte perros de presa y las fuerzas auxiliares de Guacanagarí, salieron de la Isabela el 24 de Mayo. Apenas llegaron á la famosa Vega, descubrieron en ella tan gran muchedumbre de indios, que dicen pasaban de cien mil. Embestirlos y desbaratarlos fué obra de un momento, resultando una carnicería espantosa. Primera batalla en el Nuevo Mundo, que abatió para siempre el ánimo de los isleños. El mismo Caonabó participó del terror general, y levantó el sitio de la fortaleza de Santo Tomás. Alonso de Ojeda salió en su busca, y á fuerza de maña y diligencia, logró prenderle y traerle á la Isabela, donde se le formó proceso que poco faltó para terminar en muerte. Fué perdonado, sin embargo, y quedó resuelto

que se le mandaría á España en primera ocasión de navío.

Vencido tan principal enemigo, poco trabajo costó ya la pacificación de la isla. Como castigo de su alzamiento, y como señal de vasallaje á los reyes católicos, se impuso á los indios mayores de catorce años, un tributo que debían pagar cada tres meses. Consistía en un cascabel lleno de polvo de oro, si la provincia producía este metal, y de no, veinte y cinco libras de algodón. La misma gravedad del tributo imposibilitó su exacción, y fué tan insignificante el producto por lo destruido que estaba el país con las pasadas guerras, que hubo de abandonarse el cobro. Pero los indios, acostumbrados hasta entonces á la vida ociosa del salvaje, concibieron tal horror al yugo de la esclavitud, que se huyeron á los bosques abandonando las sementeras, con la esperanza de que siguiéndose un hambre general, dejasen la isla los insoportables huéspedes. No lograron su intento, porque los españoles, muy poco acostumbrados todavía á los alimentos de los indígenas, vivían principalmente con las provisiones que llegaban de España, de manera que la escasez general vino á pesar tan sólo sobre los infelices indios, y á aumentar sus graves padecimientos.

La dureza con que procedía el almirante en la exacción del tributo, su proposición de cambiar los caribes por mercancías, y la remesa de haitianos para vender en Sevilla, tropelía que estorbó el piadoso corazón de la reina D.^a Isabel, no llevaban otro fin que proporcionar recursos al erario y acallar las murmuraciones de los que apocaban sus descubrimientos y sostenían que nunca habían de ser más que una carga para la corona. Temía mucho de las quejas de los descontentos, y temía con razón: porque fueron tales, que para acallarlas se vieron obligados los reyes á nombrar un juez pesquisidor que pasase á la colonia. Recayó el nombramiento en Juan Aguado, oficial de la real casa, que ya había estado en Indias y había vuelto muy recomendado por el mismo Colón: esta circunstancia y lo corto de sus facultades, reducidas á tomar informes y volver á dar cuenta, hacen entender que se guardaba en todo el mayor respeto al almirante. Esto mismo se encargó especialmente al comisionado, quien partió para su destino en Agosto, con cuatro carabelas. A su llegada á la colonia aun no regresaba Colón de su viaje. Presentó al punto sus credenciales, y comenzó á ejercer su oficio, con todo el orgullo y petulancia de quien se halla colocado en puesto superior á su mé-

rito. Entremetióse en el gobierno, reprendió á los oficiales reales, y no guardó respeto al teniente del gobernador. Ni gastó mayores miramientos con el almirante cuando hubo llegado á la ciudad, pues aun se alargó á amenazarle con el castigo de la corte. En suma, traía revuelta la colonia quien vino á poner orden en ella. Disimulaba Colón en obsequio de la paz, reprimiendo su carácter irritable, y para deshacer los calumniosos informes de sus adversarios, resolvió volverse á España con el juez. Estorbó el viaje por lo pronto uno de aquellos furiosos huracanes que en otoño suelen sufrir esas islas, y fué tan violento, que se perdieron en el puerto las cuatro naves de Aguado y dos de las que antes había, salvándose únicamente la "Niña," aunque muy maltratada.

Mientras se trataba de componerla y de construir otra con los fragmentos de las seis perdidas, llegaron á la Isabela las primeras noticias de los ricos placeres de oro del río Hayná. Mandó al punto el almirante á su hermano Bartolomé para que los reconociese; y en efecto, en la ribera occidental del río, á unas 45 leguas de la población hallaron arenas auríferas con granos mucho más grandes y frecuentes que en las de Cibao. Figuróse el almirante que aquellas

eran las minas de donde las armadas de Salomón llevaban el oro para la fábrica del templo de Jerusalem, y esta sospecha dió margen á mil conjeturas improbables y aun ridículas sobre el sitio del antiguo Ofir. Sea como fuere, podía ya presentar en la corte una esperanza cierta de riqueza que le valdría mucho contra las intrigas de sus émulos, apoyadas principalmente en el gasto que causaban las nuevas tierras, el cual á la verdad excedía mucho en aquellos primeros años á los productos. Apresuró por lo mismo su viaje, dejando en la isla por teniente de gobernador con título de adelantado á su hermano D. Bartolomé; y concluida ya la nueva carabela, partió con ambas el 10 de Marzo de 1496. Llevaba consigo 225 españoles y unos 30 indios, entre ellos el cacique Caonabó que falleció en la travesía. Por falta de experiencia en aquella navegación, no se gobernó á Norte para buscar los vientos favorables del Oeste, de manera que hubo que luchar continuamente con los vientos contrarios. El 6 de Abril andaba todavía el almirante entre las islas, y por hallarse escaso de provisiones resolvió arribar á la Guadalupe, á donde llegó el 10. Acopiado allí algún cazabe y tomada agua y leña salió el 20, pero con tan mala fortuna, que un mes después apenas se en

contraba en el meridiano de las Azores. Había sido necesario sujetar la gente á una escasa ración, y así por esto, como por creerse aun muy distantes de tierra, no faltaron desesperados que propusiesen comerse los indios, ó á lo menos arrojarlos al mar como bocas inútiles. Evitó el almirante aquella atrocidad, y quiso Dios que al día siguiente 8 de Junio, viese la deseada tierra no lejos del cabo de San Vicente, y aportó á Cádiz el 11 inmediato.

Volvía Colón á España en circunstancias muy desfavorables, porque toda la atención de los reyes estaba empeñada en las guerras de Italia, y en los proyectados enlaces de los príncipes; empresas graves y costosas que absorbían todos los recursos del erario. Colón creía tener por acusadores sólo á los descontentos de su gobierno, pero lo eran cuantos llegaban de las Indias, cuyos semblantes amarillentos y escuálidos eran otras tantas pruebas de los frutos que producía el Nuevo Mundo á los que pensaban ir á coger oro á manos llenas. Mas la codicia no se satisface con la abundancia, ni se desengaña con la escasez. Bien lo conocía el almirante y supo sacar partido de esta insaciable pasión. Dispuso, pues, su marcha á Burgos, donde estaba la corte, con la misma ostentación que la vez prime-

ra, llevando manifiestas las muestras de oro y otras preciadas producciones. Halló en los soberanos una acogida muy diferente de la que aguardaba, porque le recibieron con la acostumbrada benevolencia. Parece que no dieron crédito á las acusaciones de Boil, Margarit y sus secuaces, ó que penetrados de la inmensa importancia de los servicios del almirante, tuvieron por justo disimularle sus errores. Sea como fuere, animado Colón con tan favorable recibimiento, propuso un tercer viaje, cuyo objeto había de ser continuar el descubrimiento de la tierra firme del Asia, que por tal tenía á la isla de Cuba, según hemos visto. Pedía sólo ocho navíos: dos que se adelantaran con provisiones á la Española, y los seis restaetes para llevarlos consigo. Los príncipes accedieron fácilmente á su demanda; pero el estado de los negocios públicos estorbó por mucho tiempo la ejecución. Hasta mediados de 1497 no pudo conseguir que se le despachase, en cuyo retardo tendría tal vez mucha parte el deseo de alcanzar sus pretensiones particulares. En todo quedó plenamente satisfecho: obtuvo confirmación y aumento de sus privilegios; se le perdonaron las sumas con que debía haber contribuido á la empresa, en atención á que los gastos habían excedido con mu-

cho á los productos, y no se le exigió la devolución de lo que tenía recibido: también se le hizo merced de que por espacio de tres años gozase la octava parte del producido total antes de deducir los gastos, y la décima del resultado líquido. Diósele asimismo facultad para instituir mayorazgo, de que se aprovechó inmediatamente. Considerando perjudicial á sus intereses la licencia general para descubrir y rescatar, concedida en 1495, consiguió que se revocase, en cuanto se opusiera á sus privilegios. También alcanzaron las mercedes á su familia, porque su hermano D. Bartolomé obtuvo el título de adelantado; y sus dos hijos Diego y Fernando, que por la prematura muerte del príncipe D. Juan, de quien eran pajes, quedaron abandonados, fueron admitidos ahora en la servidumbre de la reina.

Para el viaje pusieron los reyes á disposición del almirante las ocho naves, con la gente y pertrechos que él mismo pidió; pero cuando llegó el caso de disponer la armada, se echó de ver que estaba tan desacreditado el viaje á Indias, que era imposible reunir el número necesario de pobladores sin acudir á medios extraordinarios, porque nadie se embarcaba voluntariamente. Pidió entonces Colón que se destinasen

á Indias los reos de delitos no muy atroces, para que allí cumpliesen su condena: así se proveyó bajo ciertas reglas, y así se vició la colonia en su principio, dando un mal ejemplo que después han seguido otras naciones.

A pesar de este nuevo recurso apenas se adelantaba en el armamento, porque faltaba dinero, y lo que peor era, sobaban émulos y envidiosos que todo lo estorbaban con incesantes porfías y contradicciones. Sobresalía entre los demás el arcediano Fonseca, ya obispo de Badajoz, que como encargado de la dirección de los negocios de Indias, tenía todo en sus manos. Había cobrado odio mortal á Colón y no perdía coyuntura de dárselo á conocer por obras. Vencidos infinitos obstáculos, salieron á principios de 1498 las dos naves que debían ir á socorrer la colonia, que á la verdad sin este auxilio habría perecido; y para el 30 de Mayo del mismo año, logró Colón dar á la vela de San Lúcar de Barrameda con los seis buques restantes.

Tomó en este viaje rumbo diverso que en los anteriores. Personas que habían viajado en Oriente le tenían asegurado que los más valiosos artículos de comercio, como oro, piedras preciosas, drogas y especería, se hallaban con mayor abundancia en